

SAN ROQUE DE MONTPELLIER. DE VOGHERA A BURJASSOT

Historia de un caminante, peregrino y taumaturgo

Luis M. Expósito Navarro

No resulta nada fácil escribir sobre la vida de un santo para cualquier historiador. Estudiando la cronología de Corona de Aragón, puede de pronto saltar una fecha a la vista: 1349. En ese año, el señorío de Montpellier pasa a manos de los reyes de Francia, llega la peste bubónica a la ciudad donde nació Jaime I y, en ese mismo lugar, acaba de nacer Roque, un niño que no podrá llegar a saber nunca que llegará a ser considerado como santo, como el más venerado santo de la historia de la Iglesia y el pueblo cristiano. Someter a un juicio histórico la veracidad o verosimilitud de todo lo que rodea a san Roque no es la pretensión de este artículo, pero sí sería de interés mostrar y someter al criterio o la crítica de quienes esto leyeren todo cuanto se vierte en estas páginas sobre aquel sanador de una de las más mortíferas de las enfermedades habidas y por haber en la historia de la humanidad.

La taumaturgia es, según la Real Academia Española, la facultad de realizar prodigios. Sin embargo, en una acepción más amplia, los taumaturgos son aquellas personas que tienen la gracia, el don o la suerte de sanar a otras personas, o por lo menos, aquellos que tengan la fama de poder sanar. Seguro que quien más, quien menos ha oído hablar de personas así, y como ejemplo curioso conviene citar a los reyes taumaturgos, aquellos reyes merovingios que por el mero hecho de ser ungidos con la corona real podían sanar, tal y como creían los francos en la Alta Edad Media. En cambio, la otra cara de la moneda, en lugar de un rey, un simple peregrino, la fama de taumaturgo de Roque le vino dada, según la tradición, por la supuesta curación que podía llevar a efecto en afectados por la bacteria “*Yersinia pestis*”, los apestados, desde los pobres campesinos hasta los cardenales romanos.

*Corriendo el año 1295 de la Encarnación del Verbo, en el segundo año de la 511ª olimpiada, nació el glorioso san Roque. Así se expresaba, en 1479, Francesco Diedo, un diplomático veneciano autor de la *Vita Sancti Rochi*, escrita, al parecer, durante la cuarentena propiciada por una epidemia de peste mientras se encontraba de gobernador en la ciudad de Brescia, en la Lombardía italiana. Otras fuentes, como el *Acta Brevoria*, que algunos estudiosos datan sobre 1430 y otros en 1484, o el *Acta Sactorum*, quizá de principios del siglo XV, han sido estudiadas intensamente por historiadores modernos, como el canónigo piemontés Antonio Maurino o como el doctor Pierre Bolle, de la Universidad Libre de Bruselas en su tesis *San Roque: Génesis y primera expansión de un culto en el siglo XV*.*

En la actualidad, tanto el citado profesor belga como el italiano Paolo Ascagni (presidente del Comité Internacional Histórico-Científico para el Estudio de san Roque y la Historia Medieval) son quienes con mayor ahínco tratan de desentrañar, desde hace más de una década, la biografía de san Roque, pero desde un método histórico, de búsqueda documental, archivística, bibliográfica e iconográfica; sin olvidar la tradición, aunque sometiéndola a crítica científica. Sus conclusiones son divergentes con respecto a las de Antonio Maurino, como lo es, también, toda la historicidad del santo, tan llena de contradicciones. Así, mientras que el primero defiende la, por otra parte indemostrable, hipótesis de que la primera biografía conocida, y desaparecida, del joven santo taumaturgo fue escrita por su amigo y seguidor Gotardo Palastrelli (supuesto dueño del célebre perro lamedor de heridas y suministrador de pan), el profesor belga Pierre Bolle, en su tesis doctoral, trata de demostrar que existe una concordancia, yuxtaponiendo los diversos escritos, entre san Raco o Rachus, un obispo del siglo VII de la ciudad de Autum, abogado contra las tormentas (*tempeste* en francés del Medieval), y san Rocco, abogado contra la peste. Aquella *tempeste* de san Raco habría sido convertida por las gentes, mediante aféresis, en la *peste* que combate san Rocho-Rocco-Roc-Roque.

Deben retrasarse las hipótesis cronológicas de aquel joven nacido en Montpellier, que por entonces formaba parte de la Corona de Aragón. De hecho, Jaime I nació allí y la titularidad del señorío, vendida a la Corona francesa por Jaime III en 1349. Si hasta hace poco se daban por válidas las fechas de 1295 y 1317 como límites vitales del santo, ahora se da por más verosímil un posible nacimiento en 1345 y 1350, y, tras diversas vicisitudes que le trasladaron a Roma, su óbito el 16 de agosto de 1378, año arriba o abajo, ya con fama de haber padecido en sus carnes la terrible enfermedad. De hecho, un misal romano de finales del siglo XV, actualmente en la biblioteca capitular de la catedral de Monza, ya menciona dicha fecha (16 de agosto) dedicada al recuerdo de san Roque.

La iconografía de san Roque es muy amplia y variada, y su estudio puede revelarnos algunas pistas interesantes, no ya para desvelar su auténtica biografía, sino para comprender la expansión de su culto y la enorme popularidad que ha llegado a alcanzar en todo el mundo católico. De hecho, después de la Virgen María y de Jesús, el santo peregrino es quien posee más templos, iglesias y ermitas bajo su advocación, sobre todo en Italia, Francia y España. Es el santo “número uno”, muy por delante de los apóstoles Santiago o san Jaime, san Pablo o san Pedro, o de santos tan metidos en la idiosincrasia de la gente humilde como san Francisco de Asís.

Es cierto que es un santo del pueblo y no sólo de las élites urbanas; por eso se fue llenando de humildes ermitas nuestro territorio bajo su advocación. Ermitas, por otra parte, apartadas de las poblaciones, lo que permitiría realizar otro componente

intrínseco en el santo: la peregrinación, la romería, tal y como se estuvo haciendo durante cuatrocientos años en Burjassot y que, de alguna manera, se sigue rememorando cada año con la célebre *pujá* a la ermita desde la iglesia arciprestal del Arcángel San Miguel la noche de su onomástica. Un santo taumaturgo, que curaba a los contagiados por la peste u otras enfermedades contagiosas; y si no los llegaba a curar, al menos los consolaba en su duelo. Hasta tal punto tuvo éxito ese nuevo icono que fue adquiriendo las “propiedades curativas” que hasta ese momento eran privativas de otros santos. De hecho, en la propia Montpellier, en 1410, todavía se invocaba contra la peste a san Sebastián. Y es junto a éste con quien aparece representado san Roque en numerosos cuadros renacentistas. Así, puede citarse “San Sebastián, san Roque y el santo Job”, “Virgen con Niño, Santa Ana, San Sebastián y San Roque”, de Sebastiano Florigerio (1524/25), “San Roque y san Sebastián”, de Felipe Pablo de San Leocadio (1532-1547), “San Sebastián, San Roque y san Cristóbal”, de autor anónimo en el Hospital de la santa Creu y sant Pau de Barcelona, “Virgen con el niño, san Sebastián y san Roque”, de Bernardino Luini, “Político de Murano, con san Sebastián, san Vicente Ferrer, san Roque y san Pedro mártir”, de Andrea de Murano (1475) o el “Retablo de san Sebastián, san Roque y san Fabián” de la iglesia de la Asunción de Montesa (anterior a 1558), atribuido a un discípulo de Joan de Joanes.

Y no sólo arrebató gran parte de la popularidad contra la peste a san Sebastián, sino que llega a apoderarse de algunos atributos de Santiago apóstol cuando los pintores comienzan a modificar sus tradicional capa y sombrero de ala ancha, bastón y calabaza por el capote, el bordón y el sombrero compostelano, con la concha de vieira incluida. Ese “aire compostelano” se debe, sin duda a que el camino de Santiago fue una de las vías principales de penetración en España no ya del santo sino su devoción. Desde el siglo X, los monjes de Cluny popularizan la peregrinación a la tumba del apóstol hasta el punto de que rivaliza con la peregrinación a Roma o a Jerusalén, siendo su mayor apogeo durante los siglos XIV y XV. No hay que olvidar que la primera oleada de peste negra arrasó gran parte de la Península Ibérica llegó en 1348 y se propagó por distintos territorios hasta 1362, aunque también hubieron ulteriores oleadas intermitentes; la más mortífera, la de mediados del siglo XVII. Sin duda, tanto el comercio como el tránsito de peregrinos propagaron la enfermedad por toda Europa.

Volvamos ahora a san Roque: según la tradición hagiográfica tenemos, pues, a un joven que abandona el hogar paterno y se marcha en peregrinación a Roma. Por el camino se encuentra con los apestados, sin que se contagie de la enfermedad (si es que no estaba ya inmunizado desde su más tierna infancia en la primera oleada de peste de Montpellier), y se dedica a cuidar enfermos, a consolarlos y, por qué no, a curarlos en algunos casos, al parecer, en el hospital de Aquapendente y otros del norte de la actual Italia. Su fama de sanador se extiende en vida y llega a oídos de un

cardenal romano, que le pide que le cure el contagio. El joven Roque cura al cardenal y el papa le recibe en audiencia en el Vaticano, según diversas hagiografías citadas al principio. Por aquel tiempo, el papado tenía su sede en Avignón, en lugar de en Roma. Sólo un papa intentó volver, sin demasiado éxito a Roma. Este fue Urbano V, y de aceptar las nuevas fechas de la biografía del santo, su estancia en Roma y su audiencia con Urbano V hubo de producirse entre 1367 y 1368. A su vuelta a Montpellier, pasa por Plasencia (Piazenza en italiano) más o menos en 1371, y cerca de allí, según la tradición hagiográfica, se contagia de la terrible enfermedad que tantas veces le había rozado mientras curaba a enfermos. En los alrededores de Sarmato, junto a una cueva o choza, según versiones, y un manantial, es curado por Dios con la ayuda de un ángel y perro que le lamía las heridas y le llevaba pan todos los días. Una vez sanado, mientras atraviesa la región que se halla en esos momentos inmersa en una guerra entre el Ducado de Milán y la liga papal liderada por Urbano V. Roque de Montpellier es apresado porque las autoridades locales, debido a su aspecto harapiento; lo confunden con un espía. En la cárcel de Voghera (Lombardía, Italia) permanecerá durante cinco años. Muere en prisión la noche del 15 al 16 de agosto (quizá de 1378 ó 1379), pero alguien se da cuenta al desvestirlo que su pecho conserva una cicatriz en forma de cruz, y le identifican con Roque, el sanador de apestados, siempre siguiendo lo que dice la tradición, pues estos aspectos son imposibles de certificar. La noticia se corre como la pólvora y sus reliquias (partes de su cuerpo) pasan a ser custodiadas, posiblemente a partir de 1391, según la investigación de los citados Bolle y Ascagni, en la iglesia de san Enrique de Voghera (hoy en día *Oratorio de San Rocco*). Al menos en esa fecha ya aparece en la documentación municipal la veneración a "Sancti Rochi" en el calendario de fiestas a celebrar en verano. Para 1469 ya están perfectamente documentadas sus reliquias en Voghera, así como su veneración. Pero lo más sorprendente de la nueva tesis es el robo de dichas reliquias en 1483 y el maquillaje que hicieron los responsables de su custodia, que vistieron de venta piadosa lo que fue un macabro robo. Ahora bien, ¿adonde fueron a parar los restos de san Roque? Ni más ni menos que a una ciudad emergente por dicha época, una ciudad rica y Actualmente, y desde hace cinco siglos, dichas reliquias permanecen custodiadas en la iglesia de san Roque de Venecia desde 1485.

El culto san Roque nace, por tanto, y se irradia hacia Venecia, merced a sus reliquias, y hacia los cuatro puntos cardinales, ya que Voghera está en un cruce de caminos por el que circulaban los palmeros que viajaban hacia Tierra Santa, los romeros que peregrinaban hacia Roma y, desde luego, los que desde la península italiana se desplazaban hacia la tumba del apóstol Santiago, en Compostela: peregrinos que popularizan a un peregrino: san Roque. Por otra parte, las medidas oportunas que acometieron las autoridades venecianas dieron más o menos sus frutos contra la peste, lo que sirvió para darle mayor mérito a las reliquias de san Roque, ya desde ese momento el mejor abogado contra la peste de los conocidos de todo el

santoral. De hecho, la primera imagen pictórica que se conserva de san Roque pertenece al taller de los hermanos Vivarini de Venecia, que al menos lo retrataron en dos retablos de 1464-1465, justo antes de la creación de la Scuola Grande de San Rocco de Venecia (1478).

Sin embargo, pese a ser un santo muy popular, no será hasta el siglo XVI cuando se le canonicé oficialmente como santo. Y, precisamente fue por la ruta de los romeros formada por el Camino de Santiago y la Vía Francígena, que parte desde Canterbury y llega hasta Jerusalén pasando previamente por Roma, por donde se extendió su fama y culto. No es casualidad que en Arlés (Francia), cruce de caminos de las dos vías citadas, se veneren otras supuestas reliquias de san Roque. Existen dudas sobre si en el Concilio de Constanza de 1414 se iniciara el proceso canonizador, entre otras cosas porque no hay base documental que corrobore lo que dijo en su día Diedo. En el siglo XV, la santidad era las más de las veces una iniciativa popular, y la santidad se alcanzaba por aclamación, algo que fue modificado tras el Concilio de Trento, cuando ya se comenzaron a revisar los expedientes y a exigirse pruebas testimoniales de la vida y de los milagros que precisa haber realizado un cristiano para llegar a considerarse santo tras su óbito.

Las propuestas de los diversos historiadores para la discernir la fecha de la canonización oficial del patrón de Burjassot son muy variadas, pero casi siempre poco convincentes, al no aportar documentos que lo corroboren. Así, se habla de antipapas como Clemente VII, Benedicto XIII o Juan XXIII (no confundir con el Juan XXIII del siglo XX), o bien papas como Martín V. Documentado está que el papa valenciano Alejandro VI (de alguna manera dueño de Burjassot hasta que falleció, pues guardó para sí el cargo de primer Arzobispo de Valencia en la época en la que el señorío de Burjassot pertenecía a la Almoína) autorizó la creación de una cofradía de san Roque en Roma en 1499, por lo que tácitamente reconocía que Roque de Montpellier era santo. Décadas después, Pablo III, en 1547, inscribió a san Roque en el libro franciscano de los Mártires, y Gregorio XIII se suele citar como quien en 1577 lo canonizó oficialmente. Por esa época ya aparece en un misal romano, y Gregorio XIV inscribió a san Roque en el libro Martiriologio romano (catálogo ordenado de mártires y santos reconocidos por la Iglesia Católica Romana) en 1591, y fijó su festividad el 16 de agosto. Sin embargo, no fue un camino fácil el de la santidad: un año antes, el anterior papa, Sixto V puso en aprietos a quienes abogaban por darle la oficialidad que aún no poseía el patrón de Burjassot y amenazó al embajador de Venecia con no incluir en el santoral a San Roque si no se aportaban las correspondientes pruebas vitales y milagrosas. La respuesta del embajador fue muy clara: si no se aceptaba a san Roque como santo, siendo ya el más popular de los santos, el escándalo iba a ser de tal calibre que temblaría la cristiandad. Esta consideración sería la que haría inclinar al balanza a favor del santo, y el citado Gregorio XIV no dudó en inscribirlo en el libro de los Mártires y

Santos. Por último, Urbano VIII invocó en 1629 a san Roque como defensor contra la peste, además de dejar claras sus santas virtudes. Según citan Bolle y Ascagni, en la biografía del santo que publicó en 1632 ya dijo Odee de Cissey que “la piedad y el apego de los cristianos a san Roque eran tan fuertes que la Iglesia y su representante supremo han reconocido tácitamente su santidad sin tener que recurrir a ninguna investigación” (*Historie de la vie admirable de Saint Roch, le tout colligè de plusieurs autors*, Odo de Cissley. Toulouse, 1632). Hasta ahora ha resistido san Roque el envite de los bollandistas, aquellos seguidores e Jean Bolland que desde el siglo XVII vienen revisando todas las actas de santidad que existen en el Vaticano, eliminando, si procede, a cuantos santos sean falsos o no suficientemente documentados. De ahí la importancia que se ha de dar, para todo seguidor de san Roque, a la investigación histórica sobre su recorrido vital.

El culto a san Roque se populariza en toda la Corona de Aragón y en otros reinos hispánicos a comienzos del siglo XVI. A partir de ese momento surgen iniciativas privadas en varios puntos de la geografía con la misma finalidad: construir una ermita bajo la advocación del patrón contra la peste, como se ha dicho, una de las mayores preocupaciones de la sociedad de la época. Burjassot era hasta 1568 propiedad del cabildo catedralicio, y era la Almoina quien gestionaba el señorío. Pero con la adquisición del lugar por Bernat Simó, antiguo racional de Valencia y uno de los personajes más influyentes en ese momento, se iniciaron una serie de cambios en el señorío.

En la carta de adquisición del señorío en 1568, cuando pasa a manos de Bernat Simó, no queda reflejada la ermita de San Roque. Lo más conocido de ese período es, desde luego, el comienzo de la construcción de los Silos en 1573, en un montículo a unos cientos de metros del pueblo. Al menos desde 1574, está documentada la existencia de la ermita, de la cual se tuvieron que ceder al año siguiente unas pequeñas dependencias que se estaban construyendo en ese momento, para dar paso a la construcción de los almacenes que hoy se conocen popularmente como "embarronats". Las quejas de los feligreses porque la ciudad de Valencia almacenaba el trigo provisionalmente en la ermita, propiciaron que el propio arzobispo Juan de Ribera interviniera en el conflicto, aludiendo a que se celebraban allí muchas misas y que el trasiego del cereal impedía su normal funcionamiento como lugar de culto y peregrinación. Por aquel motivo, los jurados de Valencia encargaron al dueño del señorío de Burjassot, Bernat Simó, la construcción de dos almacenes con sus porches, uno a cada lado de la ermita. Aquel respeto de las autoridades valencianas a la ermita, de manera que pudiera seguir viéndose su contorno desde el lugar de Burjassot, más abajo, fue la causa de que, desde entonces, la estampa más conocida de los Silos en todas las épocas sea con diferencia la de la explanada con sus pilones y su cruz antecediendo a la ermita flanqueada por los dos almacenes.

Tras el fallecimiento de Bernat Simó, su hijo, Josep Alexandre Simó vendería al arzobispo Juan de Ribera el señorío, y ahí sí que aparece reflejada la titularidad del ermitorio. Todos estos indicios apuntan a que Bernat Simó, en el período comprendido entre 1573 y 1574, ordenara construir la ermita de San Roque para afirmar la titularidad de los terrenos donde se comenzaban a excavar los Silos. De hecho, en los primeros apuntes sobre dicha construcción, que conservan en los Manuals de Consells de la ciudad de Valencia, en lugar de indicar que los tres primeros silos se estaban excavando junto a la ermita de san Roque, que sería la referencia lógica de existir ésta, tan sólo se indica una zona ambigua cercana a los lugares de Benimámet y Burjassot.

Aquella primitiva ermita disponía de un ermitaño encargado del cuidado de las instalaciones, cargo que compaginaba con el de cuidador de las instalaciones de los Silos; al menos así fue hasta 1584, cuando se contrató a una persona para que ejerciera de guardián de los Silos. Posiblemente continuara su labor en la ermita, pues vuelve a aparecer en los documentos unos años después.

En cuanto a las características arquitectónicas, lo cierto es que se desconoce cómo sería aquel primitivo ermitorio, ya que la primera imagen que se tiene de ella data de 1699, donde su figura aparece perfectamente delineada en una litografía de Conchillos. Precisamente en esa imagen destaca con claridad algo que no se le ha dado importancia hasta ahora: las dimensiones de la ermita eran entonces mucho más reducidas que las actuales. La ermita se revela ante el espectador de menor altura y anchura, y con su nave más corta a como la conocemos hoy. Por supuesto, no existe entonces la capilla de la Virgen, ni el presbiterio, ni tampoco los contrafuertes laterales. Pocas modificaciones sufriría, por tanto, la primitiva ermita hasta comienzos del siglo XVIII. Sin embargo, a comienzos de esa centuria, las autoridades del lugar, solicitan al dueño de Burjassot, el Real Colegio de Corpus Christi, que se amplíe el recinto y que se realicen las reformas necesarias. La documentación guardada en los archivos del colegio no permite de momento saber cómo y cuándo se realizó la intervención en la ermita para ampliarla.

Probablemente, a tenor de su actual factura edilicia, la mayor ampliación sucediera en el siglo XVIII, aunque no se ha hallado base documental que lo corrobore. En la monografía de Mercedes Fontelles no se indica nada al respecto, aunque sí que deja claro que las pinturas del presbiterio son “lo único que nos queda de la primitiva Ermita, pues sobrevivieron a la invasión napoleónica y a las dos guerras civiles posteriores.” Su autoría es motivo de debate, pues a falta de alguna documentación, tan sólo se puede apuntar nombres de pintores, quizá Antonio Palomino (1653-1726), que parece poco probable por las fechas, o algún discípulo suyo. En opinión de Mercedes Fontelles, las pinturas más antiguas de pueden atribuir varios discípulos de Vicente López (1772-1850). La horquilla es demasiado amplia y habrá que afinar más,

estudiando, por analogía, otras pinturas murales de iglesias coetáneas. Por ejemplo, no estaría de más investigar las obras conocidas del pintor Joan Collado (1731-1767) y compararlas con las pinturas de la ermita de san Roque de Burjassot, una localidad muy bien conocida por el, a juzgar por las referencias que en sus poesías hacía a las cuevas de Burjassot, muchas de ellas en esa época alrededor de la ermita y Los Silos.

Fuere quien fuese el pintor o pintores de los frescos, el caso es que el resultado es muy llamativo, sobre todo las de la cúpula y las pechinas, con Judith, María (hermana de Moises), Esther y Jahel, además de cuatro escenas de la Virgen (la Anunciación, la Visitación, la Inmaculada y la Asunción) y varias escenas alusivas a la vida de San Roque, siguiendo su clásica hagiografía. En la actualidad, la ermita tiene una doble titularidad, la original de San Roque, y la de la Virgen de la Cabeza, ambos, patronos de la ciudad. Según la tradición, aunque no confirmada nunca por testimonios documentales, se cree que la imagen de la Virgen de la Cabeza fue donación de San Juan de Ribera en 1604.